

Juicio Sin Misericordia

Muchos comentaristas han encontrado Mateo 7:1-12 un pasaje desafiante, difícil para encajar en la estructura del resto del Sermón del Monte. Parece a la primera examinación consistir de tres párrafos auto independientes sin un tema común. Esto ha causado que algunos asuman que estos fueron dichos en otras ocasiones y arbitrariamente incluidos aquí. Esta es una solución innecesariamente radical que únicamente sirve para poner en duda la exactitud de la narración de Mateo.

Lo que estas aparentemente enseñanzas no relacionadas pueden tener en común es que proveen algunas advertencias para balancear las primeras instrucciones de Jesús. Si es así, el tenor de las palabras precautorias finales de Jesús sería algo como esto:

Nuestro propio exacto entendimiento del reino de justicia no debiera producir en nosotros un espíritu de un juicio severo y censura hacia los que están teniendo alguna batalla con el. Los hombres necesitan que se les ayude ver la naturaleza de la verdadera justicia, pero no por un hipócrita descuidado y auto suficiente que está más interesado en los pecados de los demás que los suyos propios. Si el sermón es rigurosamente aplicado primeramente a nosotros mismos, encontraremos fácilmente la compasión y la humildad para tratar con los pecados de los demás (Mat.7:1-5)

El compartir el evangelio del reino es una obra absolutamente vital, pero necesitamos ser advertidos de no malgastar nuestro tiempo sobre aquellos que no tienen interés en el. El reino de Dios no debe ser esparcido por un fanatismo insensible que es más que un enjuiciamiento duro. El hijo del reino debe estar buscando a aquellos cuya actitud les hace maduros recibir las buenas nuevas de redención, no para que los hombres y mujeres cuyo orgullo les hace imposible que oigan y entiendan (Mat.7:6).

Y, finalmente, el reino nos es obtenido a través de esfuerzos heroicos u logros meritorios, sino simplemente al desearlo ardientemente. El reino es un don del amor de Dios (Mat.7:7-12).

“No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mat.7:1-2). La palabra Griega *krinete*, aquí traducida “juzgar” puede llevar en Griego e Inglés, una amplia variedad de significados desde *discernimiento* hasta *condenación*. El contexto claramente apunta a esto último. Pero ni el ejercicio de un discernimiento juicioso (claramente requerido por Mat.7:6, 15-20) ni la existencia de una corte de ley está siendo prohibida. Es un espíritu condenatorio inmisericorde lo que Jesús está rechazando. Esto es confirmado por el material paralelo en Lucas donde la advertencia contra el juzgar a los demás es precedida por el mandato positivo de “Sed, pues misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Luc. 6:36). En esta amonestación, Jesús regresa al tema del amor fraternal el cual alcanzó un punto culminante en Mateo 5:43-48. En el registro de Lucas del Sermón del Monte, las dos secciones están inmediatamente juntas (Luc.6:27-38). El

punto de nuestro Señor es que las personas están muy necesitadas de misericordia que no tienen motivos para estar faltos de misericordia hacia los demás. Esta advertencia es la cara opuesta de Su promesa anterior para los que muestran misericordia, recibirán misericordia (Mat.5:7) y a aquellos que perdonan serán perdonados (Mat.6:12). Los que condenan a los demás sin compasión o interés redentivo pueden esperar el mismo trato en manos de Dios –una perspectiva escalofriante.

“¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, pero no hechas de ver la viga que está en tu propio ojo?” (Mat.7:3-5). Debido a la clase de juicio bajo consideración que es sin amor y egoísmo, este a menudo va acompañado por la hipocresía. Por esta razón, Jesús pinta el cuadro patéticamente humorístico de un hombre intentando extraer una paja del ojo de otra persona mientras una viga sobresale en su propio ojo. Espiritualmente hablando, hay demasiados cirujanos ciegos quienes ejercen grandemente esfuerzos sobre las faltas de los demás mientras se vuelven inconscientes de la enormidad de las suyas propias. Afortunadamente, una cuidadosa atención a nuestras propias faltas tiene el resultado de prepararnos con la suficiente humildad para tratar paciente y hábilmente con los pecados de los demás (Gal.6:1-3; Tito 3:2-3).

La mayor dificultad que se otorga a este juego muy familiar de versículos es la idea popular que estos prácticamente prohíben toda represión, sin importar los motivos. El contexto más amplio del Nuevo Testamento hace este entendimiento imposible. La enseñanza de Jesús contiene mucha represión (*por ejemplo*, Mat. 23 y el presente texto), sin embargo, esta enseñanza nunca fue áspera o censoria. Tal como el Señor observó, “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por el” (Jn.3:17). Y esa es la clave. No es la amorosa y redentiva represión el que el Señor rechaza aquí, sino los ataques faltos de amor que sirven únicamente para alimentar el ego del “juez”.

El evangelio de la gracia no puede ser predicado sin hombres que convenzan del pecado (Jn.16:8) y realicen un llamado a un cambio del corazón (Luc.24:47; Hech.2:38; 3:19; 17:30). Aun las almas del pueblo redimido de Dios no pueden ser seguras sin amonestar al desordenado (1 Tes.5:14) y buscar convertir “al pecador del error de su camino” (Stg.5:19-20). Pero tal corrección es ofrecida en un amor redentivo, no como el vehículo del orgullo y el enojo. La justicia del reino advierte, pero no ataca. Los ciudadanos del reino de Dios, luchando con sus pecados y acosados por la debilidad, necesitan un hermano – no un “juez”. En todos nuestros tratos con los demás, necesitamos recordar que no somos agentes del juicio del Señor, sino de Su salvación. La venganza pertenece al Señor. Nuestra tarea es buscar y salvar al perdido.